

Libros

Los García Márquez, una marca de familia

MARILUZ VALLEJO

"Los García Márquez"

Silvia Galvis

Arango Editores, 1996, 287 p.

La lección magistral de este libro se encuentra en el manejo de la perspectiva narrativa, en esta polifonía de voces que, a partir de diferentes versiones sobre los mismos pequeños y grandes acontecimientos en la vida de los García Márquez, recrean un retrato fiel, rico en variaciones de tono y de contrastes.

Silvia Galvis, la temible y mordaz columnista, la investigadora que ha escrito libros como «El jefe supremo» y «Colombia Nazi» al alimón con Alberto Donadío, y la autora de esa deliciosa novela «Sabor a mí», narrada al hilo del melodrama radial «El derecho de nacer», vuelve a jugársela toda como reportera en este gigantesco retrato de la familia García Márquez, construido a partir del repertorio de voces y recuerdos de los hermanos del conspicuo Nobel de Literatura.

De entrada confiesa Silvia Galvis que en la realización de este proyecto su tozudez y perseverancia vencieron la timidez que le producía invadir los terrenos de la mítica familia, con todo y grabadora. Gracias a la discreta intervención de Eligio García Márquez, y después de que Jaime, el hermano que toma las decisiones, aprobara su intromisión, la periodista pudo sacudir a gusto el tronco genealógico y hurgar en las vidas de nueve de los once hijos de Luisa Santiaga Márquez Iguarán y Gabriel Eligio García.

Y puesta a entrevistar, Silvia Galvis nos da varias lecciones con este libro. Primero, demuestra una envidiable falta de prisa en las conversaciones, que

seguramente se prolongaron hasta alcanzar la familiaridad deseada. Segundo, reconstruye estas memorias deshilvanadas sin que se noten las costuras, con un montaje sutil, en el que su voz casi desaparece para dejar hablar a los personajes. Y tercero, mantiene su propósito de explorar a fondo la historia de los entrevistados, para demostrar lo cercanos que son en su carácter, en su ambiente y en sus destinos a los personajes del mundo macondiano.

Pero la lección magistral se encuentra en el manejo de la perspectiva narrativa, en esta polifonía de voces que, a partir de diferentes versiones sobre los mismos pequeños y grandes acontecimientos en la vida de los García Márquez, recrean un retrato fiel, rico en variaciones de tono y de contrastes, como contrastantes son las personalidades de los hermanos.

Porque, aunque por configuración genética los García Márquez son mamagallistas, narradores natos, supersticiosos, liberales y temerosos de los aviones, se identifican dos bandos, según le recuerdan los susodichos a la autora: el bando de los que hablan poco y el de los que no se callan. Pero podríamos seguir señalando bandos: el de los trascendentales y el de los que le quitan hierro al drama -los optimistas y los fatalistas-; el de los mujeriegos (la perdición de la familia) y el de los maridos fieles

(entre ellos Gabriel, con su inseparable Mercedes, y Eligio Gabriel, con su ídem Myriam).

Y se unen todos en un solo bando cuando se trata de declarar el amor a la mamá, la siempre lúcida Luisa Santiaga, que en varias ocasiones ha dejado patidifusos a los periodistas con declaraciones de este tenor: «lo que dije no solamente fue cierto, sino que además es verdad». O su célebre petición cuando le preguntaron que esperaba obtener con el premio Nobel de su hijo y respondió que lo que más deseaba era que le arreglaran el teléfono que estaba dañado hacía tiempo.

Y aunque Silvia Galvis no entrevista a Luisa Santiaga, la niña consentida del dueño de la farmacia, que a comienzos de siglo se casó al escondido con el telegrafista de Aracataca, ambos quedan devotamente retratados por sus hijos, en una especie de homenaje silencioso.

Entre todos los perfiles sobresalen dos: el de Jaime, el mascarón de proa de la familia, como para traer a cuento la metáfora que circula entre ellos, de que no es que fueran muy pobres, sino que eran muchos, y que se sostuvieron a flote porque

todos remaban del mismo lado. El primero que saltó del barco fue el mayor, Gabito -como también le dicen en familia, cariñosamente-, y quedó Jaime, quien todavía sigue en uso de sus funciones paternas, aunque es uno de los menores. Y el otro perfil que conmueve es el de Eligio Gabriel, a quien le cupo la gracia o la desgracia de ser el otro escritor profesional de la familia.

Queda pues en este libro el testimonio de tintes tragicómicos de una familia que ante todo demuestra haber tenido eso que llaman en la milicia «espíritu de cuerpo», porque todos a una, como una piña, acuden al llamado del otro, por comunicación intuitiva, a menudo telepática. Y todos disfrutan del placer de contarse las mismas historias, que van alimentando con los detalles de una memoria prodigiosa que también parece ser privilegio de los García Márquez.

Allí están el bombero, el cónsul, el Nobel, el escritor, la ex monja, el ingeniero y hasta la oveja negra, casi todos concentrados en sus casas del Caribe natal, y otros más lejos pero en permanente contacto, usufructuando sin querer, o sin

querer queriendo, el orgullo de unos apellidos que le han dado la vuelta al mundo, para demostrar a los lectores que los genios no se dan por generación espontánea; que su obra, como en el caso de Gabriel García Márquez, se crea bajo la influencia de un lenguaje, de unas costumbres, de una forma de ver el mundo inconfundibles. Porque en la novela de García Márquez todo es fiel copia de la realidad, hasta los sonoros nombres de los personajes están en el registro de familia.

Le queda a Silvia Galvis el gran mérito de haber elegido a esta familia como asunto literario, lo que extrañamente no se le había ocurrido antes ni siquiera a los más acuciosos e hispanófilos investigadores de García Márquez, y a sus lectores la satisfacción de leer el libro como si estuvieran balanceándose en una hamaca en medio de una animada tertulia familiar, con los personajes de Cien años de soledad, de El amor en los tiempos del cólera, de Crónica de una muerte anunciada, de La hojarasca y de El coronel no tiene quien le escriba, rondando por el patio de la casa solariega. ♣